

EDITORIAL



Uno de los temas de los que se ha ocupado con frecuencia la reflexión e investigación del CINEP es la relación entre cultura y sociedad: desde las reflexiones sobre los imaginarios culturales subyacentes a la estructura del melodrama hasta las relaciones entre violencia y cultura política y los imaginarios o representaciones sociales sobre el conflicto armado y sus protagonistas, varios de los investigadores del centro han venido preguntándose sobre las complejas relaciones entre los fenómenos sociales y los imaginarios colectivos que sirven de marco de interpretación y valoración de dichos fenómenos. El tema de la identidad nacional, de sus relaciones con la política bipartidista y la Iglesia católica a lo largo de la historia, de sus implicaciones para la precariedad o debilidad del Estado, de sus conexiones con las violencias que nos aquejan, han venido apareciendo con frecuencia en las investigaciones del CINEP y en las páginas de *CONTROVERSIA* y otras publicaciones del centro. En ese sentido, el presente número de la revista se acerca, desde diferentes enfoques, al tema de las relaciones entre cultura, política y sociedad.

Así, el primer artículo, a cargo de Fernán González, parte de la discusión planteada por Michael Mann en torno a la crisis del Estado Nacional y de la identidad nacional como efectos de la globalización y fragmentación cultural para analizar los retos que afrontaban los fundadores de nuestra república a comienzos del siglo XIX. El autor contrasta la idea de Mann de que la idea de esta supuesta crisis se basa en una probable sobreestimación de la real fortaleza de los Estados nacionales y en el desconocimiento de su alcance concreto durante el período

fundacional de Estados Naciones. Para ello, parte de las críticas que Germán Colmenares y Alfonso Múnera hacen al modelo de Estado Nacional basado en la obra del historiador José Manuel Restrepo, que ha inspirado la historiografía posterior sobre los orígenes de nuestra república. A partir de estas críticas, se presenta el desafío de construir una nación que los fundadores de la nación afrontaban, tomando como base el trabajo de Marco Palacios sobre la fragmentación de las elites y los análisis de Jaime Jaramillo Uribe y Margarita Garrido sobre las continuidades entre la vida política colonial y los inicios de nuestra vida republicana. Jaramillo Uribe y Garrido señalan la existencia de cierta red prototípica de poder, que no cubre de manera homogénea al conjunto de las regiones pero que prelude a algún modo los intentos de formación de la nación colombiana. Con base en este contraste entre continuidades y rupturas entre colonia y república, se analiza luego la articulación entre poder central y poderes tanto locales como regionales, a la luz de las categorías de Charles Tilly y Norbert Elias, para desembocar finalmente en el estudio del papel del bipartidismo en esa articulación, especialmente en el período inicial de la república, desde los enfrentamientos entre Bolívar y Santander hasta la Guerra de los Supremos.

El problema de fondo evidenciado por esta discusión es que la mayor parte de los análisis sobre identidad nacional parten, implícitamente, del supuesto de una nación, una patria y una identidad nacional previamente existentes, de la creencia en la existencia de una entidad política ya existente que se independiza del Imperio español, cuando la realidad muestra un proceso histórico mediante el cual se construye una nación a partir de la ruptura de la Independencia y de algunas continuidades con el período colonial.

En ese sentido, el desafío que afrontaban nuestros próceres era cómo construir una nación cultural y políticamente homogénea a partir de un Estado construido sobre la base de una pertenencia a una unidad administrativa del Imperio español y de una organización social basada en la diferenciación de castas y en la jerarquía de poblaciones y privilegios, precisamente en el momento en que estas jerarquías y privilegios comenzaban a ser amenazados por el creciente mestizaje de la población y un nuevo estilo de poblamiento no sujeto a los controles y jerarquías del Estado español y de la Iglesia católica. En ese proceso de construcción de identidad, la pertenencia a los partidos tradicionales y a la Iglesia católica jugarán un papel preponderante como los únicos referentes de identidad colectiva, que a la vez son obstáculos a una identidad nacional por encima de las referencias particulares como instrumentos que relacionan a éstas con el Estado y la Sociedad nacionales.

En segundo lugar, Luis Fernando Barón y Mónica Valencia, investigadores del CINEP, exploran las representaciones sociales que algunos medios masivos de comunicación y algunas de sus audiencias comunidades se han venido formando en torno al conflicto armado como creación simbólica, como proceso de construcción de sentido y significación sobre el conflicto armado y sus actores. Para ello, desarrollaron una investigación cualitativa, de carácter exploratorio, sobre las percepciones y concepciones que mostraban el sentido que tenía el conflicto armado para dos comunidades de interpretación o audiencias, bastante diferentes entre sí (una localizada en una zona marginal de un municipio del Magdalena Medio y otra en la localidad cuarta de Bogotá), y los discursos informativos de dos periódicos de cobertura nacional, *El Tiempo* y *El Colombiano*.

En la significación que los discursos de estas comunidades construyen sobre el conflicto armado aparecen como elementos articuladores la trascendencia del poder y los factores políticos relacionados con la falta de gobernabilidad, y sus lecturas

sobre el conflicto muestran que ninguno de los actores goza entre ellas de legitimidad ni apoyo por su recurso a la violencia como instrumento de lucha social, que no representa los intereses populares. Pero tampoco el accionar del gobierno es percibido como plenamente legítimo, pues aparece como incapaz de solucionar los problemas de la gente porque desconoce las necesidades y cualidades del pueblo, que tiene un sentimiento generalizado de abandono, ausencia y vacío institucional. Todos los actores, guerrilla, paramilitares y gobierno tienen poder pero en diferente grado, sin que ninguno de ellos pueda imponerse plenamente ni militar ni políticamente. Otra característica que señalan es que el poder absoluto, no compartido, que los actores en conflicto pretenden imponer termina por provocar la degradación de sus ideales políticos debido al predominio de sus intereses particulares frente a las necesidades del pueblo.

Tampoco consideran aceptable las comunidades la visión que los medios de comunicación construyen sobre el conflicto armado, pues la conciben como insuficiente, solo parcialmente creíble, a veces falseada y terriblemente desesperanzadora, ya que la desmesura de la realidad violenta no deja espacio para el optimismo sino para la repugnancia y el agotamiento. Según la perspectiva de las comunidades, los medios tienen una marcada tendencia a representar el conflicto en términos de amigos/enemigos, víctimas/victimarios, poderosos/débiles, aunque estos roles varían continuamente, según la coyuntura, con la excepción de la población civil, presentada siempre como la eterna víctima del conflicto.

Por otra parte, las representaciones de los periódicos analizados no tienen un carácter fijo, unificado y monolítico, sino que se mueven entre la fragmentación, los cambios de coyuntura y la falta de un análisis de más largo plazo: el resultado refleja una realidad caótica, que describe acciones aisladas y desordenadas, sin contribuir a un discurso claro y coherente que dé sentido a los acontecimientos y logre construir referentes comunes socialmen-

tos de las ciencias sociales para analizar, como estudio de caso, uno de los testimonios más impactantes producidos sobre la Violencia de los años cincuenta: *Zarpazo. Otra cara de la Violencia*, memorias de Evelio Buitrago, sargento del ejército colombiano. La pregunta que Valencia asume como punto de partida de su reflexión, sobre el papel y alcance de la adscripción bipartidista como factor desencadenante del conflicto violento con esas características lo conduce a formular como hipótesis el hecho de que la conformación y reproducción de esa afiliación se desarrolla en dos ámbitos sociales: el espacio institucional de la familia y el espacio cultural de la religión. Lo que convierte a la puesta en cuestión de la identidad partidista en cuestionamiento de la identidad del sujeto como ser humano, que se resuelve por medio de su eliminación con sevicia y crueldad.

Así, para Valencia, la sevicia y el exceso de crueldad allí presente no son sino "la puesta en acto" de la desintegración imaginaria de una identidad básica construida en la familia humana: la construcción de la imagen de la unidad corporal. Estos crímenes expresarían, según el autor, "una fantasmagoría del "cuerpo dividido" y de "la desintegración agresiva del individuo", propia de las etapas formativas del psiquismo. Es posible entonces pensar que el origen de las identidades partidistas que motivan este tipo de crímenes se encuentra en el ámbito de conformación de las identidades básicas: la oposición política hereda una relación social de exclusión social, fundamento de la conformación de lo simbólico, de los "complejos familiares", que puede ser iluminada por la teoría psicoanalítica de la paranoia. Desde esa teoría, Valencia analiza el testimonio del suboficial Buitrago para intentar descifrar la lógica del bipartidismo como anulación del elemento simbólico que constituye las relaciones de reconocimiento: sin este elemento, las identidades sociales se fundan en la contraposición inmediata de los actores, de manera que el "otro" aparece al tiempo como radicalmente distinto que como "el mismo", su imagen especular. Ante ese otro, a la vez distinto y semejante, se establece una relación

entre "un adentro " y "otro afuera", fuente absoluta de hostilidad, que solo puede resolverse con la aniquilación del otro, dada la inexistencia de un "tercero en discordia" o de normas comunes de convivencia acordadas previamente. En ese sentido, la hostilidad de la Violencia de los años cincuenta no proviene de las diferencias sino de las semejanzas entre campesinos en la lucha fratricida.

Como conclusión, el autor subraya el hecho de que, a pesar de las discontinuidades evidentes entre la Violencia de los años cincuenta y las violencias recientes, es posible señalar una continuidad: *Zarpazo* nos enseña que la violencia hace parte del «sentido común de la vida colombiana», lo que la hace tan difícil de erradicar. Se podría comentar entonces cómo la Violencia, de antes y ahora, tiene que ver con la manera como construimos nuestras identidades con relación a las otros, sin permitir que las contraposiciones entre nos/otros y los otros sean mediados por un tercero en discordia, como el Estado, ni resueltas por la apelación a una normatividad previamente establecida y aceptada por las partes. En términos de Alberto Valencia, habría que crear *una relación social de reconocimiento*, un espacio abstracto e impersonal, trascendente a los actores implicados en la relación social, como instancia mediadora fundamental de ella, que haga posible reconocer las diferencias y solucionarlas por vías distintas de la eliminación del otro. Estaríamos entonces hablando de la creación de un ámbito público, estatal y societal, de la resolución de conflictos. Para ello, los aspectos subjetivos de esas relaciones deben ser reexaminados desde la perspectiva de la antropología cultural, de los imaginarios mediáticos con los cuales nos aproximamos a la realidad y con los mecanismos psicológicos de construcción de nuestras identidades individuales y sociales, en una perspectiva comparada con los procesos de construcción de identidad ciudadana y nacional, que expresan nuestra relación con el Estado y la Sociedad mayor.

Fernando E. González

